

XIII

LA BONDAD DE DON QUIJOTE

Don Quijote, derrotado, ya no es don Quijote, es Alonso Quijano que conserva aún ciertos reflejos de quijotismo. Sin salirnos del Gran Libro podemos probar esta verdad: el éxodo de don Quijote (1) a su aldea abunda en incidentes de cordura, esto es, en menos grados de quijotismo.

Lo que más arraiga en don Quijote es su amor al Gran Espíritu, y luego veremos cómo éste su amor lo subordina ahora a convicciones de una patente inferioridad.

El bueno —hay que usar ya este calificativo— de don Quijote va pensando cómo emplear el próximo año de ostracismo. Al fin proyecta hacerse pastor y sueña con la feliz Arcadia de otros tiempos. Se sabe inútil para las armas y es posible que renuncie para siempre a la caballería andante, considerándola a lo más como una idea íntima. La lucha interior de este buen hombre en los días que duró su viaje al pueblo debió de ser enorme. Quizá recordase sus retornos anteriores, que significaron siempre una inmediata salida, realizada al augurio de nuevas conquistas.

Todos sus actos ahora denotan agonía espiritual, impotencia para hacer frente a los enemigos invisibles de su inquietud. Su optimismo de antes se ha convertido en desesperación, y como desesperado que presiente el término de sus días y el agotamiento de las facultades mejores, huye de las consultas que se le hacen, resguardando lo poco que en él queda de don Quijote.

Mientras más días transcurren menos quijotismo hay en Alonso Quijano. Ya es solamente un contemplativo, un fracasado cuyo único alimento es el recuerdo de las horas brillantes de otros días. ¡Y qué vacío debe sentir a su alrededor, vacío paradójicamente ruidoso, aullidos de los que siente el hombre austero en los grandes silencios! En esta situación de timidez es cuando pone de manifiesto uno de los rasgos decadentes: la bondad.

Todos sabemos lo que es «la bondad», una de las manifestaciones de la debilidad del hombre. Afirmando que el «hombre bueno» es una especie de «hazmerreír» en la sociedad de todos los tiempos. La «bondad» es la mayor parte de las veces timidez, falta de carácter y cobardía. Otras veces, es un exagerado amor al prójimo, amor que si lo sintieran todos los hombres engendraría inmediatamente el más desastroso nihilismo.

Todo esto es muy fácil de comprobar: quien sienta la voluptuosidad de conquistarse se ama a sí mismo, y no amará al prójimo mientras no lo haya conquistado (2) a su vez. No habrá nadie que no haya oído muchas veces la frase siguiente: «¡Qué mal va Fulano. El pobre no es malo más que para él!» Decidme qué pasaría si de todos los hombres pudiera decirse lo mismo. Es un absurdo ese amor recíproco llamado bondad. Porque si un hombre se anula a causa de su desmedida pasión por sus prójimos y si todos lo secundan, es indiscutible que todos se convertirán en seres anulados. ¡Y librémonos de caer en sus redes, porque eso sí que es el verdadero caos! Es como si nos privásemos de un buen libro por dárselo a un analfabeto. ¡Y qué diremos de esos pobres seres que no son malos más que para sí mismos!

La bondad es enemiga de exponentes individuales, mejor dicho, no es enemiga de nadie porque la bondad es incapaz de lucha alguna.

Y vamos a probar ahora cómo la bondad engendra maldad, su polo opuesto, un extremo más pernicioso aún que la bondad misma. La existencia de uno de estos imbéciles, llamados «hombres buenos», significa por lo menos que existen varios que explotan o se aprovechan de esa bondad. Sin la existencia de éstos la bondad del primero no se manifestaría. Y una bondad que no es pública quiere decir que es íntima, esto es, bondad propia, capacidad de amarse.

Las buenas relaciones con el prójimo han de ser por reflejo. Como vivimos en sociedad y hay grandes pruebas de que nos necesitamos unos a otros, es indudable que al amarnos, al procurar engrandecernos, le hacemos al prójimo un bien: El de plantar a su vera el árbol selecto de las magníficas frondas.

Este, y no otro, debe ser el significado de la palabra bondad. Pero no sucede así. Hoy hombre bueno y hombre imbécil son cosas sinónimas. Y la existencia de esta bondad en los espíritus ha hecho que las almas individualistas practiquen a veces, muchas veces, la filosofía del desprecio. Y conviene restablecer o imponer a la palabra bondad el significado debido. Porque, si no, es cosa de desear que a uno lo llamen hombre malo, esto es, hombre no bueno, hombre no imbécil, hombre íntegro. Llamamos «cosa buena» a lo que medido con el patrón de la conveniencia colectiva es más de una unidad, esto es, es útil. Y «cosa mala» a lo contrario. Y creo que es más útil para la sociedad (3) el hombre que sabe construirse que el hombre que sabe anularse.

En el éxodo de don Quijote a la aldea asistimos a un rasgo de bondad. Ya vimos cómo antes de su derrota quiso obligar a Sancho a que se azotara para conseguir el desencantamiento del Gran Espíritu. Ahora, ya en la decadencia quiijotesca, le ruega que se dé los azotes, y hasta accede a señalar un precio para cada uno.

Sancho se azota con furor, rapidez y destreza, máxime cuando quien recibe los golpes es un árbol que tiene a su lado.

Don Quijote le manda descansar, se compadece del pobre Sancho y le dice que los deje para otro día. Aquí ya está patente Alonso Quijano, incapaz de detener los desbordamientos interiores que a su alrededor se produzcan. Ese amor desmedido al Gran Espíritu no debe empañarse nunca, mucho menos en presencia de una compasión enfermiza.

Y es el Gran Espíritu —esa llama encendida que aún alumbra en don Quijote— lo único que ahora le diferencia de la vulgar normalidad.

Después de su derrota, don Quijote sólo es tal por su fidelidad al Gran Espíritu, esto es, a Dulcinea. No le hablen ahora de aventuras ni le inciten a realizar hazañas. Lo que sí mantendrá, como antes, es que el Gran Espíritu es superior a todas las cosas.

Por eso, cuando habla a Sancho de su proyecto de hacerse pastor en compañía de Carrasco, el Cura y el Barbero, manifiesta que él no cambiará de dama, pues seguirá venerando a la que siempre fue como algo suyo en esas cuestiones, esto es, seguirá proclamando la soberana belleza del Gran Espíritu. Don Quijote, pastor, será un pastor espiritual, un pastor algo quiijotesco, pero nunca don Quijote, pues éste desapareció para siempre. Se llamará el pastor Quijotiz, así como el Bachiller Carrasco, Sansomno; el Barbero, Niculoso; el Cura, Curiambro, y Sancho, Pancino...

¡Pobre Alonso Quijano! ¡Cómo lucha y cómo se las ingenia para que vuelva a él don Quijote! Pero será en balde, porque su primera claudicación, su gran acometida al

quijotismo cuando ruega a Sancho que se deje de dar azotes, significa que está perdido irremediablemente.

¡Pobre Alonso Quijano, el Bueno! Ahora quiere ser pastor. Todo menos el hidalgüelo de antes. ¡Con qué ojos le contemplará don Quijote desde las cimas de su gloria inmortal, y qué meditaciones vendrán a su espíritu cuando vea a este pobre Alonso Quijano afanándose en buscar una solución a su enigma!

¡Qué gran poema —genial poema— es el retorno a la aldea perdida de la Mancha! Porque aquí el caballero no es ni don Quijote ni Alonso Quijano. ¿Qué es, pues? Aquí el enigma, aquí la genialidad poemática del gran asunto.

Si yo tuviera un amigo poeta, y tuviera también la convicción de que este poeta era un gran poeta, no descansaría hasta hacerle escribir el poema de ese enigma, que no es don Quijote ni tampoco Alonso Quijano. Estas soluciones son las que hay que buscar no en el filósofo, sino en el poeta; no en el escudriñador de la verdad única, sino en el constructor de la verdad adecuada, de la verdad bella.

Lo que sí podemos asegurar es que ese enigma tiene cada vez menos de Quijote, hasta que llega un momento en que el quijotismo es nulo. En este mismo momento Alonso Quijano cae herido de muerte.

Sancho Panza se desconsuela. No comprende que su amo se deje morir, sin más ni más, sin que le maten otras dolencias «que las de la melancolía». Sancho, cuyo sesenta por ciento de persona es de pobre hombre, de tontería ingenua, recuerda sus intervenciones en los encantos, y quiere salvar a don Quijote diciéndole que le eche a él la culpa de todos sus pesares. Le recuerda también su época caballerisca, citando al Gran Espíritu...

Todo esto no puede tener eficacia porque don Quijote ya no existe. Lo dice Alonso Quijano, su albacea: «Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno; pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía».

Don Quijote, desde las cimas de su gloria inmortal, tuvo que considerar estas palabras como una blasfemia solemne...

Notas

- (1) Llamémosle todavía Don Quijote.
- (2) Conquistar es conocer.
- (3) No es tan egoísta esta teoría.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_017